

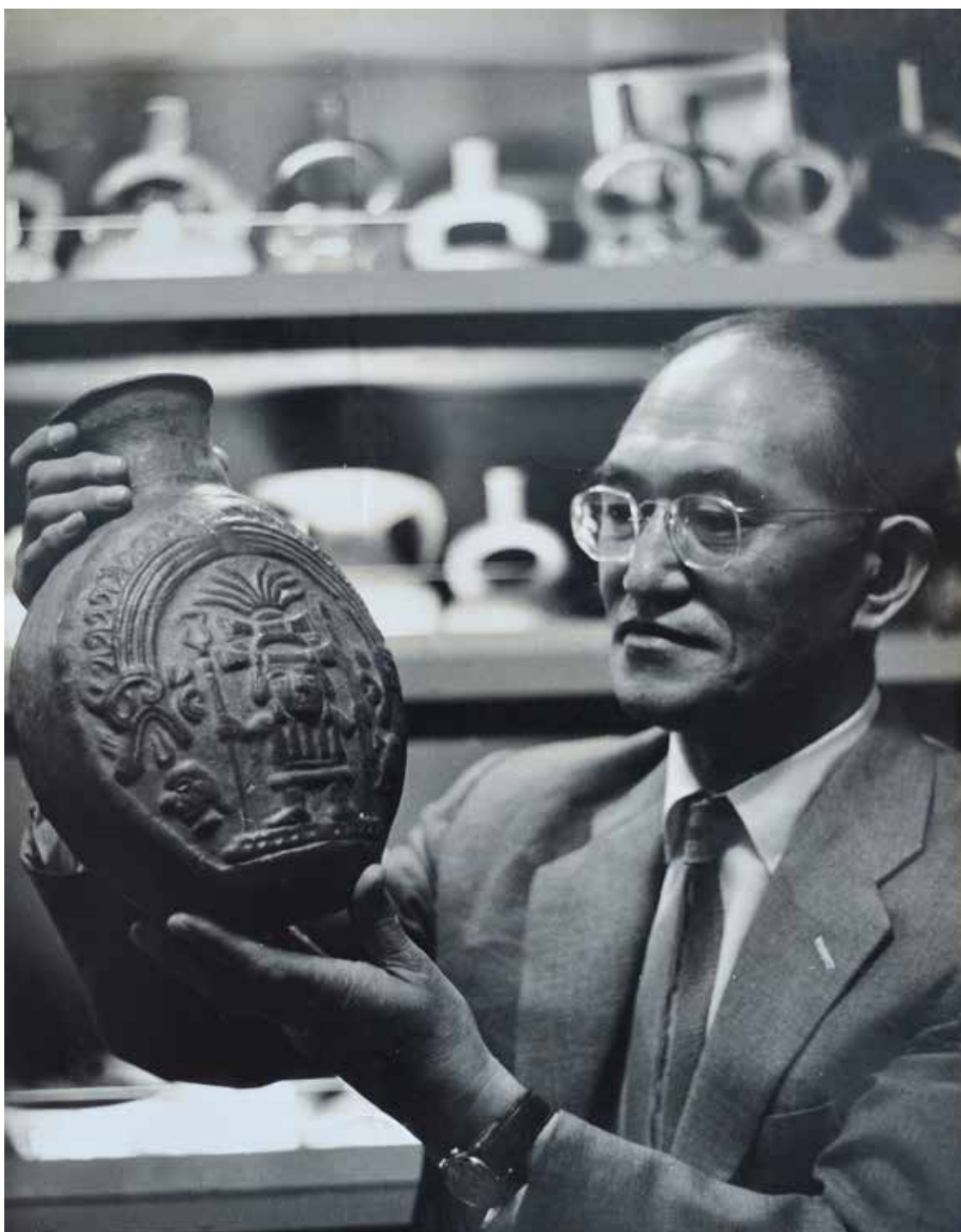
QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 181 17/11/2023

LA OBRA DE YOSHITARO AMANO



YOSHITARO AMANO Y LA ARQUEOLOGÍA PERUANA

MARÍA LAURA HERNÁNDEZ DE AGUERO*

Entre los museos de arte prehispánico más atractivos de Lima se encuentra el Museo Amano, en el distrito de Miraflores. Su colección atesora textiles, especialmente de la cultura Chancay, pero también otras piezas de especial valor. El museo fue inaugurado en 1964, en un edificio diseñado especialmente para tal fin. Medio siglo más tarde fue renovado con un nuevo planteamiento expositivo, que realza la apreciación del arte textil ancestral y tiene las más modernas condiciones de exposición y conservación. Pasó entonces a llamarse Amano, Museo Textil Precolombino. Aquí, una semblanza de su fundador, un exitoso hombre de empresa de origen japonés y afincado en el Perú.

Yoshitaro Amano es una de las grandes figuras de la arqueología peruana del siglo xx. Nacido en 1898 en la prefectura de Akita, Japón, fue empresario, investigador, trotamundos, filántropo y autor de poemas. Siendo muy joven, recorrió en barco parte del Asia y una serie de puertos de América, por lo que fue acusado sin pruebas de espía y sobrevivió incluso a un naufragio. Sin embargo, su mayor hazaña la realizaría más tarde en Lima, donde reunió una de las colecciones de arte textil precolombino más valiosas del mundo y revalorizó una antigua cultura de la región muy poco estudiada.

Su pasión por la arqueología empezó a fraguarse a los nueve años, cuando tuvo noticia y se obsesionó con la vida de Heinrich Schliemann, aquel millonario prusiano que descubrió la antigua Troya. A los treinta años, Amano ya era un ingeniero naval bastante reconocido en el Japón, había creado algunas empresas e inventado una bomba esmaltada. «Mi padre fue un hombre fascinante» declaró Mario Amano en una conversación con la revista *Caretas* en mayo del 2020, unos meses antes de su muerte. Mario Amano fue el menor de los cinco hijos de Yoshitaro y Rosa Watanabe, su tercera esposa. «Era un ingeniero naval que antes de la Segunda Guerra Mundial tuvo negocios en varios países de América. Así llegó al Perú por primera vez, país que le fascinó por su riqueza arqueológica. Inclusive fue uno de los primeros turistas que llegó a Machu Picchu, en el año 1929. El alcalde del distrito de Aguascalientes era entonces un maquinista japonés de apellido Luchi, que, emocionado al encontrarse con otro compatriota, lo retiene y comienzan juntos a escalar las cumbres, desbrozando el follaje a machetazos».

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, Yoshitaro Amano ya tenía un barco atunero propio y fábricas de atún en nueve países de América, con socios norteamericanos. En uno de sus viajes, fue capturado en Panamá por sospechoso; lo declararon enemigo de guerra y estuvo internado un año y medio, en campos de prisioneros en Panamá y, poco después, en Estado Unidos. En junio de 1943 lo liberan y vuelve a su país sin negocios, pero su temple aventurero lo lleva a tomar nuevamente un barco rumbo a América. El barco naufraga en una tormenta de la que logra sobrevivir y se ve obligado a regresar a Japón, aunque no



Los esposos Amano en Chancay

tarda en retomar su espíritu aventurero y embarcarse de nuevo. «En abril de 1951, mi padre vuelve a Perú. Esta obsesionado con este país, decía que era el único en el mundo donde los tesoros arqueológicos estaban regados» precisa Mario Amano.

En esa época, la cultura Chancay -que se desarrolló en el norte de Lima, en torno al año 1200-, no era lo que conocemos en la actualidad. Había pocos estudios sobre ella y su valor artístico no tenía mayor reconocimiento. Lo que más buscaban los huaqueros de entonces eran piezas de oro o algunos textiles de colores vivos. Fue así como muchas piezas de cerámicas Chancay fueron destruidas o ignoradas. Amano se dedicó a recolectar las piezas descartadas para llevarlas a su casa, limpiarlas y ponerlas a salvo. Veía en estas piezas, de aparente simpleza, una maestría técnica y estética exquisita, que además lo hacían recordar mucho a su natal Japón.

En la hacienda Caqui, en Huaral, Yoshitaro Amano hace amistad con Miguel Mujica Gallo, quien iniciaba su colección de oro del Perú. Mujica Gallo le presenta a algunos hacendados de la zona, que lo invitan a hacer excavaciones arqueológicas en sus tierras. Por entonces, diversas haciendas estaban empeñadas en ampliar sus fronteras agrícolas. Los peones, después de sus labores y de unos partidos de fútbol sabatinos, se ponían a cavar. Solían entregar a los hacendados las piezas de metal halladas en sus tierras y se quedaban con las telas y los huacos, para vendérselos a «un japonés loco que paga por ellos». Dotado de una especial sensibilidad, Amano reconoció la síntesis de expresión y la abs-



Cultura Chancay: *unku*, y, abajo, red con motivos de peces

tracción en las figuras de los textiles que envolvían los fardos funerarios, y el simbolismo religioso, de resonancias orientales, de los llamados *cuchimilcos*, esas enigmáticas figuras de arcilla con los brazos en posición de ofrenda y los ojos rasgados, que algunos hijos de hacendados usaban en ocasiones para jugar tiro al blanco.

Un encuentro fortuito fue decisivo para Yoshitaro Amano empezara, en la década de 1950, a formar su magnífica colección arqueológica, que alberga ahora más de treinta mil piezas. Un japonés apellidado Ishiki, dueño de una fonda en la hacienda Palpa, le mostró un depósito lleno de cerámicas y textiles, que los clientes le canjeaban por comida en la fonda «Si te lo llevas todo, te lo regalo, me está estorbando», le dijo Ishiki. De ese modo, Yoshitaro Amano pasó a convertirse en una presencia habitual en Chancay, donde iba en compañía de su esposa Rosa y hacía, en particular, una paciente

labor de investigación en torno a los textiles prehispánicos que conseguía.

Según recordaba Mario Amano, a mediados de los años cincuenta, su padre, que tenía una relación particular con la familia imperial nipona, viajó a Tokio con Miguel Mujica Gallo y logran ambos montar una exposición que aprecia el propio emperador Hirohito. En el anfiteatro de la Universidad de Tokio exhiben la apertura de cuatro momias de la cultura Chancay, encontradas en la hacienda Caqui. «En el año 1958 -precisa Mario Amano-, el príncipe Mikasa, hermano del emperador, viajó al Perú y visitó la colección en nuestra casa de la calle El Retiro en Miraflores, donde funcionaba un pequeño museo. Mikasa se escabulló de la agenda oficial para reunirse con Yoshitaro Amano. Fue todo un acontecimiento».

Poco después, Yoshitaro Amano compró el terreno aledaño a su vivienda e hizo un depósito con su colección de telares y cerámicas de las culturas Chancay, Kotosh, Mochica, Chimú, Cupisnique y Nazca. Le gustaba invitar a sus amigos, que eran eminencias de la arqueología peruana como Julio C. Tello o Rafael Larco Hoyle, o jóvenes investigadores como Federico Kaufmann Doig o Lorenzo Roselló, quienes, en broma, le solían decir que era «un inca que había nacido en el país equivocado». Su hijo Mario lo describe como un hombre muy culto, de modales finos, muy serio y discreto, que hablaba poco de su vida privada. «Siempre andaba impecablemente vestido: casco de expedicionario, camisa blanca, saco, corbata, guantes blancos y botas altas». Un *look* que resume como «arqueólogo mezclado con algo de aventurero en un safari».

Yoshitaro Amano murió en Lima, en 1982. La sobria fachada del Museo Amano y el apacible patio interior, con sus flores de loto flotando en un pequeño estanque, simbolizan el espíritu transformador de ese migrante japonés, que hace más de medio siglo recorrió los desiertos de Chancay y dejó un legado extraordinario.

*Periodista especializada en temas de cultura peruana.





EL VIOLINISTA DE LOS ANDES

Dentro de los instrumentos de cuerda que llegaron al Perú en el período virreinal -vihuela, guitarra, arpa, mandolina, laúd, timple-, y que se fueron adaptando a los usos y costumbres de los músicos locales, el delicado violín, con su menudo cuerpo, finas cuerdas y arco de crines, supo pasar de las entonaciones devocionales en los templos barrocos a las melodías populares de las celebraciones andinas. El violín llegó a fabricarse en algunos lugares de los Andes, se incorporó, en compañía del arpa, a la acrobática «Danza de tijeras», de nítidas resonancias ancestrales, y los huaynos, tunantadas o huaylas, e incluso a otras melodías como el «Atajo de negritos», típico de la población de origen afroperuano de Chincha.

La tradición del violín andino tiene hoy al maestro Andrés Chimango Lares León como su mayor exponente. El artista nació en 1957, en Cabana Sur, un pueblito de Lucanas, en la región Ayacucho. Huérfano de madre desde pequeño, migró a Lima cuando tenía siete años y empezó luego a familiarizarse con el instrumento, gracias a la orientación de otros músicos y la disciplina del autodidacta. En la capital, donde trabajaba ayudando a su padre, su afición inicial al instrumento se fue convirtiendo en un compromiso profesional cada vez más solicitado. Andrés Chimango Lares, que debe su apodo a unos pastelillos dulces de su región, empezó a integrar diversas agrupaciones, pasó por algunos estudios de grabación, donde produjeron sus primeros discos y se convirtió en una presencia infaltable en conciertos y presentaciones dedicadas a difundir la música tradicional.

Ataviado con sus característicos pocho y sombrero, Andrés Chimango Lares ha tenido ocasión de presentarse en diversos escenarios de América y Europa, y ha recibido numerosas distinciones. El artista es también un promotor incansable de la «Danza de tijeras» y en la actualidad forma parte del grupo *Encantos andinos*, que tuvo hace pocas semanas dos exitosas presentaciones en Barcelona y Madrid.

AGENDA



EL OFICIO DE AMPUERO

El sello Tusquets ha reeditado en Lima *Gato encamado*, libro de crónica, reportajes y entrevistas del reconocido escritor y periodista Fernando Ampuero (Lima, 1946). Publicado originalmente en 1987, el libro reúne «textos y grabaciones que aparecieron entre fines de los años setenta y mediados de los ochenta, en la revista *Caretas* y en los programas televisivos *Documento* y *Uno más uno*», donde laboró el escritor. La obra, a estas alturas, es un clásico del mejor género periodístico en nuestro país. La crónica vibrante y subjetiva, de prosa literaria, fluye en la primera parte abordando temas diversos que permanecen vivos, al margen del apremio desvanecido de la actualidad. Memorables son también los retratos con algo de diálogo que hace el autor de figuras como Borges, el poeta Antonio Cisneros, Libertad Lamarque, el pintor José Tola, la escritora Maga Portal o la vidente esotérica Coty Zapata. El libro concluye con inolvidables entrevistas: Ernesto Sábato, Emilio *El Indio* Fernández, Julio Ramón Ribeyro, García Márquez y hasta Allen Ginsberg son, entre otros, interrogados por Ampuero con especial agudeza. Un libro, en suma, llamado a la permanencia.



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe